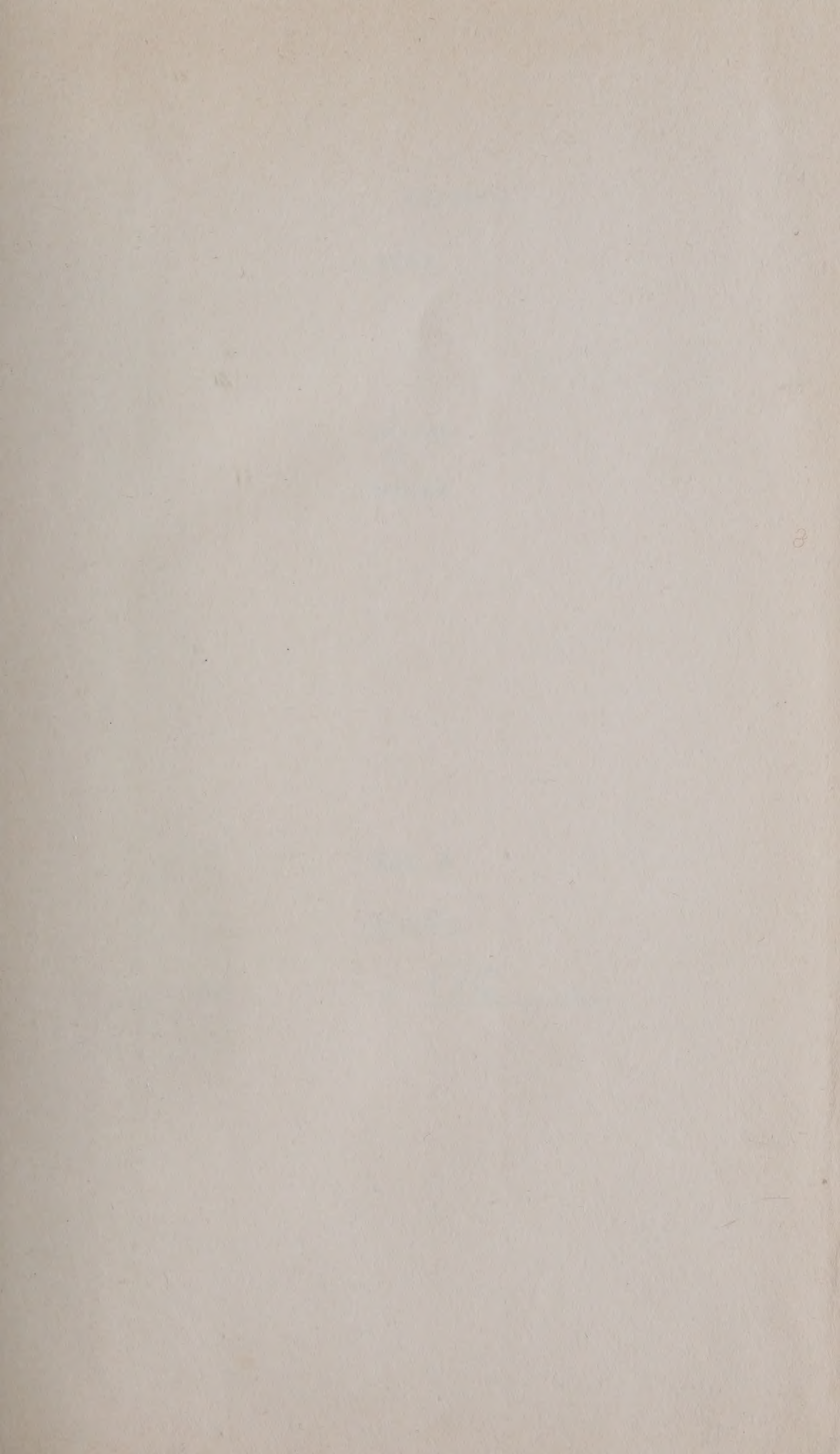



a 00003 431771



¡¡MERCADERES!!

COMEDIA ANTIJESUÍTICA

en un acto y tres cuadros

DE

JUAN G. NEWES

Estrenada con gran éxito en el TEATRO DE NOVEDADES de Madrid, el 8 de Agosto de 1910

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551
1910

A la memoria de mi querido padre.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
LUISA	Srta.	Lombera.
MARÍA		Mateos.
CECILIA	Sra.	Guijarro.
CONCEPCIÓN	Srta.	Sanz.
SOLEDAD		Nicolás.
CARMEN		Leyva.
ANTONIA		Gargollo.
JUAN	Sr.	Cerro.
PADRE FLORES (jesuíta)		Leyva.
DIEGO (sacristán)		Azaña.
UN CIEGO		Renovales.



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Sala de casa acomodada

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón un padre jesuíta dirige la palabra á varias señoras, todas ellas elegantes: se llaman SOLEDAD, CECILIA, CARMEN, CONCEPCION, ANTONIA y LUISA, sentadas; esta última es la más elegante, otras más que hacen bulto. El padre se llama FLORES

P. FLOR. Hora es ya, queridas hermanas, que hagamos algo en favor de la religión en que creemos y de cuyo tesoro lo recibimos todo; es verdaderamente vergonzoso que un pueblecito como este tan cerca de la ciudad tenga una ermita medio derruída y que esta sea la casa donde more la Virgen mil veces milagrosa que á tantos ha dado bienes y librado de males.

SOL. Usted dirá, Padre, lo que cree preciso hacer para mejorar de situación el estado de la capilla.

P. FLOR. Yo creo que en el estado en que se encuentra no hay arreglo posible; la casa de Dios, que lo es de todos, el día menos pensado cae en tierra y entonces serán las lamentaciones.

CEC. Tal vez haciendo una buena obra...

P. FLOR. De eso se trata de hacer una buena obra; ¿en qué mejor cosa podéis emplear vuestros dineros que en la obra del Señor?

CAR. ¿Y cuánto podrá costar?

CON. Tratándose de una cosa modesta no creo puede elevarse á mucho los gastos.

P. FLOR. Es triste que regateemos ese puñado de pesetas que ha de ir más tarde en provecho vuestro, cuando, en cambio, en fiestas y en saraos empleais buenos miles. ¿Creeis acaso, mis queridas hermanas, que esto no os lo habrán de tener en cuenta el día del juicio supremo? Pues si tal creeis, bien engañadas estáis; estas obras de caridad cristiana serán de valor inapreciable cuando os presentéis al juicio de Dios.

ANT. En resumen; cuánto cree que...

P. FLOR. Yo de esto no entiendo bien; pero según he podido escuchar de labios de un mi amigo, hombre cristiano y á la par arquitecto, á quien pregunté sobre el particular, cree que no ascenderá á más de doce ó catorce mil duros, pequeñez bien manifiesta si se trata como veis de dejar instalada como merece tan milagrosa imagen; luego ya veremos lo que puede costar el decorado y las obras de altares, porque de objetos sagrados para el culto de la iglesia no creo que habrá que hablar; cada una de vosotras os encargaréis de traer un juego de altar y sacerdote, y por el momento quedarán á cubierto las necesidades del culto.

LUISA Es preciso que nos fijemos bien á lo que nos comprometemos; ya saben ustedes que solo la obra de albañilería costará catorce mil duros, pongamos dieciséis, pero no creo que baje de otro tanto, quizás más, el resto hasta dejar en poder del padre Flores las llaves de la casa de todos.

P. FLOR. Y hay que tener en cuenta que el arquitecto no cobrará nada por su trabajo.

LUISA Pobre; es preciso que ahora mismo decidamos.

ANT. Yo, sin contar con mi esposo, no me atrevo...

P. FLOR. Vuestro esposo hará cuanto le digáis si es cristiano, y si no lo fuese, no creo que vosotras lo tuviéseis á vuestro lado.

SOL. El mío hará cuanto yo quiera, que para eso al casarme con él le llevé una buena dote de mis padres y él no llevó sino una carrera mal aprendida que, sí da para comer, pero con pobreza; en la fecha presente, y lleva tres años de ejercicio, aun no podría soportar el gasto del coche si no fuera por mis rentas.

LUISA Yo no tengo esposo ni hermanos á quien consultar, sólo padre, y éste, que me quiere con el alma, no ha de tener inconveniente en darme unos cuantos duros para obra tan caritativa.

P. FLOR. Estamos, pues, de acuerdo; Luisita pondrá lo más, ustedes todas un algo, que en este caso no ha de ser una ruindad, y yo procuraré administrar esos fondos lo mejor posible para ver si queda algo para inaugurar la iglesia con una función religiosa fastuosísima, y á la cual invitaremos al señor obispo.

CEC. ¡Oh, qué bueno! ¿Y vendrá el señor obispo?

CAR. Será preciso enviarle un buen coche.

ANT. Y además arreglar el camino que está hecho una lástima.

CAR. Si es que esos carromatos no se cuidan de nada; arre mula, sin mirar que con el peso excesivo de esos armatostes estropean el afirmado.

SOL. Dígamelo usted á mí que mi pobre esposo no habla en el Congreso más que para pedir el arreglo de las carreteras.

CAR. (Aparte.) Como que ese es uno de sus ingresos.

P. FLOR. Me encanta ver á ustedes en tan buena disposición; ya sabía yo que de esta reunión saldría la luz; bien, mis fieles ovejas, bien; así lo quiere el Dios eterno y ya encontraréis vuestro pago en la otra vida.

LUISA ¡Ay! Padre Flores, sino fuera por usted que nos indica el camino que hemos de seguir, qué sería de nosotras; gracias á usted que es un santo alcanzaremos el bien de la otra vida.

P. FLOR. Y ahora que ya estamos en buen camino, he de hablaros de otra cosa que ocurre acá y que es una vergüenza.

CAR. ¿Alguna otra obra?

P. FLOR. Sí, pero esta es obra urgentísima. (Pausa.)

LUISA Díganos, que nos tiene intranquilas.

P. FLOR. Todas conocés á María Magdalena, la hija de aquella mujer que á mí me cuidaba y que la vida le costó el quererla tanto.

LUISA ¿La que recogió Juan?

P. FLOR. La misma. Ustedes ya saben que marchó á Madrid á servir á casa de los Marqueses de Santa Fe, y ustedes no ignoran que de allí volvió á los tres años en un estado... harto interesante; á casa llegó, á la madre la dió un ataque al saber la desgracia, pero yo resolví el caso con arreglo á conciencia; no era posible bajo ningún pretexto que en mí casa, que en la casa de un ministro del Señor, se cobijase el vicio, no era posible y no lo fué; la madre se empeñó en retenerla á nuestro lado, pero bien comprenden ustedes que no era posible; una noche y sin que su madre se enterase para no darla más pesadumbre á la pobre, la acompañé á casa de Pedro el del mesón y allí la dejé á su cargo y al propio tiempo para que cuidara de las faenas de la casa hasta que viniera al mundo el hijo del pecado.

SOL. Y allí la encontró Juan al siguiente día y se la llevó á su casa.

P. FLOR. Es un pobre loco que tiene pacto hecho con el diablo; y á eso voy; parece ser que la vida que hace no está muy de acuerdo con las prácticas cristianas; hay quien dice que... bueno... ustedes me entienden, y esto sí que no se puede tolerar, ya que el comportamiento de esa criatura hizo que la madre muriese de pena sin poder verla, porque yo

quise que muriera cristianamente, que no ofenda las cenizas de aquella mártir.

LUISA Pues Juan parece hombre honrado y de grandes sentimientos; no hay pobre que se acerque á su casa que no lleve la dádiva generosa.

SOL. Como tal le teníamos nosotras.

CEC. Y muy trabajador que parece.

P. FLOR. Tal vez demasiado, que no se explica que hombres que no tienen familia alguna, tanto se afane por atesorar dinero; algo de nuestro proyecto le dije y me respondió que él no socorría á quien nada precisaba.

SOL. Bien ¿y qué hay que hacer?

P. FLOR. Pues lo que hay que hacer es ver la manera de que esa desgraciada salga de esa casa, se marche de este pueblo y no infeccione con el ejemplo satánico la santa paz del lugar.

CEC. Tú, Luisa, que eres la que más le tratas puedes encargarte de hablar con él y...

P. FLOR. Yo la acompañaré, si así lo desea, pero no entraré, para que no crea que es cosa mía.

LUISA Yo, la verdad, no sé que decir, me choca tanto que Juan...

P. FLOR. Duda usted, señora, de mis palabras; son como palabras de ángel.

LUISA No, no, si no dudo... vamos, lo que digo es que me extraña; él debe saber á lo que se compromete con su conducta; todo lo que él produce lo vende entre nosotras, y si nosotras le abandonamos...

P. FLOR. Ahí es donde puede hacérsele fuerza, ¡que piense á lo que se expone!

ANT. No, no es posible tolerar...

CAR. Sí, Luisa, tú eres la más á propósito.

TODAS Por la salvación de dos almas.

LUISA No resisto más, iré; usted me acompañará, y para que no sospeche se quedará fuera.

P. FLOR. Perfectamente; hoy Dios ha bajado hasta nosotros para indicarnos el camino de la verdad; que Dios sea alabado. (Se arrodillan ellas, el Padre en pie. Rezan en voz alta, pero que no interrumpa la escena.)

ESCENA II

DICHOS y un POBRE andrajoso que aparece en la puerta del foro, es ciego

CIEGO Ave María Purísima.

TODOS Sin pecado concebida.

CIEGO Me podrían socorrer en algo, que vengo desfallecido y no tengo ni un centimito chico para comprar pan. (Siguen rezando.)

P. FLOR. Perdone por Dios, hermano, ahora no podemos.

CIEGO Hermano, mientras dijo eso pudo socorrerme.

LUISA Le daré. (Se va á levantar.)

P. FLOR. ¡Cómo, hermana! ¿dejáis la oración por ir á...?

LUISA Luego la sigo; tenga, hermanito. (Le da limosna.)

CIEGO Gracias, hermanita, que Dios se lo pague; esa oración que ha roto por socorrerme la seguiré yo toda mi vida, que el que reza y no socorre es como el que riega y no siembra; la limosna se da con el corazón, el rezo con la memoria.

P. FLOR. Basta, basta, ya escuché bastante.

CIEGO Lástima no tener vista para conocer al ángel malo. (Luisa á una mirada del Padre se arrodilla. El telón empieza á caer y el Ciego canta dentro:)

No tiréis piedras, cobardes;
no tiréis piedras, cobardes;
no despreciéis la pobreza,
que el día que ésta se una,
cortará muchas cabezas.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La escena representa la casa de un hacendado trabajador, objetos de campo, cedazos, sacos, tridentes de aventar, etc. A la izquierda puerta que da á la calle, á la derecha puerta que da á la casa, en el foro y alta, ventana de rejas.

ESCENA PRIMERA

JUAN y MARÍA

JUAN (Entrando por izquierda. Es un hombre fuerte, guapo y que viste como hacendado rico. Pequeña pausa. Se sienta, medita un rato y al fin:) Mercaderes traidores de la religión, á cuyo escudo se acercan para ampararse de él; todos reunidos como lobos hambrientos venís á por la presa; fieras sin entrañas, no os la llevaréis. (Llamando.) María, María. (María por derecha.)

MAR. ¿Qué quieres, Juan?

JUAN No te asustes ni temas por cuanto oigas. Tú sabes que desde el día que entraste en esta casa con tu hijito en tus entrañas, jamás te he dicho nada que revelara ningún deseo hacia ti; mi única ilusión fué librarte de la brutalidad de los que predican la caridad, para luego ejercer el bandidaje.

MAR. ¿A qué viene ahora...?

JUAN A que ya que en aquella ocasión no pudieron arrojarte al cieno como fué el deseo de aquel mal hombre, ahora quieren separarte de mi lado.

MAR. Eso no lo harán, no hay ley que lo permita.

JUAN No la hay, pero ellos han de procurar buscarlas mansamente; no son gentes que pelean cara á cara, no; son en las naciones católicas, la impedimenta, lo que de nada sirve, lo que se paga caro, y lo que no produce más que hierba mala; son los que jamás defienden el honor de la patria, están clasifi-

cados en la sección de inútiles, son los únicos que perciben un buen chorro de sangre sana, son los únicos que no vierten una gota de su sangre nociva, son los que precisamos de estirpar de una vez para siempre.

MAR. ¿Pero quién intenta todo eso que dices? ¿qué sería de mí con mi hijito sola, abandonada?

JUAN No, si ya lo tendrán todo dispuesto; á ti lejos de aquí, donde no tengas á nadie á donde acudir; á tu hijo, hijo de ellos, porque de su mala ralea era el padre innómine de esa desgraciada criatura; pues bien, á ese ángel á un asilo, en donde le enseñarán á olvidar á su madre y quién sabe si á renegar de ella á cambio de unas pocas lecciones de cultura social, que de nada le servirán el día que intente ganarse el pan por su propio impulso; pero te aseguro que no lo harán, el Padre Flores ha dicho: ¡Un trabajador, qué podrá contra nosotros!

MAR. ¡El Padre Flores! ¡Siempre ese hombre en mi camino!

JUAN No, siempre esos hombres en contra de la tierra que los alimenta; son gentes jamás hartas que quieren acabar con las chozas para edificar ellos sus palacios.

MAR. Juro que no me sacarán de aquí, sino después de muerta ó cuando tú me despidas.

JUAN Despedirte yo, ¿por qué? Ven aquí y recibe el primer abrazo que te he dado en mi vida y que éste sea el lazo que nos haga fuertes para defendernos. (La abraza.)

ESCENA II

LUISA, por izquierda; MARÍA y JUAN

LUISA ¿Se puede pasar?

JUAN (Se aprieta á María.) Se puede pasar, adelante, señorita Luisa; (Aparte á María.) este es el ángel que nos trae la noticia. (Se separan.) María, vé allá adentro, que la señorita Luisa tiene que hablarme.

LUISA ¡Tú sabes!

JUAN Sí, sé, sé poco; pero lo suficiente para leer en su cara que viene á decirme algo desagradable y que si no fuera impulsada por fuerza mayor jamás se hubiera atrevido. (Va á hacer mutis María.)

LUISA Pues bien, sí, ¿á qué negarlo? no te vayas, María, que más que á Juan, á quien quería yo ver era á tí; vengo...

JUAN Usted me permitirá que María se retire, es mujer poco acostumbrada á las conversaciones de segunda intención, podría llorar, y si llora, yo no sé si podré contenerme; no puedo ver llorar á una mujer ni á un niño, ni tender la mano á un pobre, sin que en el acto contenga sus lágrimas ó remedie su desdicha, ó repela la agresión si el llanto fuera motivado por causa humana.

LUISA Mucho la quieres.

JUAN Mucho; como á todos los que me rodean. Cristo dijo, amaos los unos á los otros y yo cumplo con el precepto.

LUISA Así me gusta, pero creo que en este caso exageras tu cariño.

JUAN María, vé á ver si el niño necesita de ti.

MAR. Con permiso. (Mutis.)

JUAN No, señorita, no exagero, ustedes son las que exageran la obediencia á ese... Siéntese usted, dispense, no me había fijado. (Se sientan.)

LUISA Pues bien, Juan, por indicación del Padre Flores, de ese santo varón, hombre preclaro de la Compañía de Jesús...

JUAN (Interrumpiéndola.) Esos debieron ser los que le acompañaron al Calvario, porque tal compañía no pudo elegirla Jesús de propio intento, sí, y éste es sucesor de aquel buen hombre que cansado ya de ver que aquel festejo no se terminaba nunca, le ayudó para que llegara antes al sitio de su escarnio; Compañía de Jesús se titulan, y ninguno desciende de sus apóstoles, que eran los que con él marchaban; imitadores de Cristo se nombran y viven con lujos y fas-

tuosidades mundanas, mientras que aquellos compañeros del gran Maestro y practicadores de sus doctrinas, eran pescadores, pastores y vivían en chozas y cabañas que ellos mismos se hacían; no, no diga compañeros de Cristo, diga mercaderes de las doctrinas del Redentor.

LUISA Eres un hereje, Juan; mal pagas los beneficios que recibes de todos nosotros.

JUAN Mal pago llama la señora el que á cambio de sus monedas yo le dé mis frutos sanos y bien cuidados, mis harinas más blancas que la leche y el sudor de todos mis obreros que trabajan de sol á sol para mantenernos; no, señorita, no, que si sus monedas son buenas, mis medidas, mis pesos y mis frutos son también de ley, y el día que el obrero diga que no trabaja, el día que se haga á la idea de dejar de comer veinticuatro horas poniéndose todos de acuerdo, tengan la seguridad las señoras y la *compañía*, que aquel día será el que tengan asegurado el pan para toda su vida, mientras que las monedas serán como arenas del desierto, que ciegan, pero que para nada se emplean sino para enterrar á algún desgraciado.

LUISA ¿Y tú eres el que practicas la doctrina de Cristo? ¿tú el que te compadeces del desvalido, tú el humilde que lloras con los que sufren... tú el... tú eres un descreído que no piensas más que en satisfacer tus egoísmos carnales y que todo lo sacrificas á la pasión de esa mujer.

JUAN Yo, el que practico todo eso, pero yo el que defiendo mi derecho; yo el humilde, pero yo el que hago conocer á los que no lo saben, que el humilde es digno de respeto; el que por cima de todas las conveniencias sociales, tengo la de practicar el bien sea á quien fuere; si en vez de pedirme que arroje de mi lado á María, hubiera llegado á mi la señora y todas las demás señoras de esa Junta de Damas á solicitar que en mi casa acogiera á ese mismo Padre Flores, por ha-

bérsele inutilizado la lengua para continuar su profesión, aquí lo hubiera recogido y muy satisfecho, porque ya era hombre pacífico; la única arma que ellos pueden utilizar y que manejan admirablemente es esa, y sin ella para nada sirven y dejan de ser temibles.

LUISA No eres bueno, Juan.

JUAN Yo creo que no soy del todo malo, lo que tiene es que de cuando en cuando es preciso hacerles notar á los que se creen poseedores de bienes y haciendas del prójimo, que también los demás somos alguien; Cristo se dejó sacrificar por aquellos que se creían superiores á él, le escarnecieron, le maltrataron, creyeron que eran los dueños de cielo y tierra, y en seguida el Todopoderoso les demostró que no era así, y la tierra se movió, el cielo se iluminó de relámpagos arrojando rayos, y todos los elementos rugieron movidos por mano suprema, y aquellos ilusos, aquellos dueños de todo, cayeron prosternados y reconocieron su insignificancia. ¡Bendito el día en que á estos ilusos de ahora, que lo creen dominar todo, se les haga comprender como aquellos, que no son nadie!

LUISA Ves las cosas de un modo bien extraño, es el ángel malo que te aconseja, es sin duda esa mala mujer que te ha trastornado.

JUAN (Levantándose.) Basta, no más, mala mujer no se llama más que á la que reniega de los suyos, y ella llora todos los días por no haber podido abrazar á su madre en la hora de su muerte, por prohibición expresa de esa hiena con traje negro.

LUISA Juan. (Rápido.)

JUAN Sí; solo por él, que su madre la llamaba á á su lado y él no lo permitió, mala mujer esa desgraciada, que vive sacrificada y muerta de vergüenza en este pobre rincón, mirándose en su hijo...

LUISA Un hijo del vicio.

JUAN Del amor, que es lo más santo; del amor,

que es lo más grande; paloma inocente cogida entre las garras del gavilán hipócrita, que después que bebió en la compa limpia y pura, la arrojó al suelo como inmundo artefacto; tropa de engañadores apostados en esquinas para herir á traición, idos lejos del mundo; ganas me dan de morir de una vez para no tropezar con esas gentes que, como el Padre Flores, se llaman cristianas; no, no hay cuidado, en la mansión de los justos, en la mansión eterna, no estarán estos que se llaman creyentes; por eso digo que deseo que venga la muerte, porque allí será el único sitio donde no me los encuentre.

LUISA Bien, bien; de estos predicadores nocivos está el mundo lleno, y así Dios castiga con mano dura vuestras torpezas; día llegará en que las plagas se sucedan y en que vayan cayendo acá y allá los herejes, y los cristianos reedifiquen su edificio sobre los cráneos de tanto descreído miserable.

JUAN Confundís; los cristianos no, no sois los cristianos vosotros; los que practican la doctrina esos sí lo son, ¿y cómo queréis que ese Dios tan grande, tan bueno, tan noble, principio y fin de todas las cosas, ese Dios que es el nuestro, el de los buenos, tome venganza como si fuera hombre de la tierra, asolando el mundo con desdichas? Lo que tiene es que existen dos dioses, uno el verdadero, el único, el supremo, el hacedor de lo creado y el que nos da la libertad de pensar en lo bueno y en lo malo para juzgarnos más tarde en su reino, y el otro el creado por la fantasía ó por la conveniencia de unos cuantos egoistas, el dios de los idólatras; pobres de vosotros si volviera otra vez á la tierra; entonces los arrojó del templo, ahora os arrojaría al agua para que bebiérais las amarguras que le hacéis pasar á él.

ESCENA III

DICHOS y el PADRE FLORES

P. FLOR. (Izquierda.) Señora, no es preciso que trate e convencer al protervo, él caerá en la sima que él mismo se abre.

JUAN Antes sospechaba que érais vosotros los que acompañásteis á Jesús al Calvario; ahora estoy seguro.

P. FLOR. ¿Qué dice?

JUAN Nada, que creiste que yo era tan bueno como aquel para dejarme crucificar y ya lo teníais todo preparado, hasta el sayón para ayudarme á llevar la cruz; pues os equivocásteis, la cruz que yo llevo, la que por propio impulso me labré cerca de mí, es carga poco pesada para quien tiene puños fuertes, alma grande y conciencia limpia.

P. FLOR. Tú sufrirás las consecuencias, Dios entre tanto te maldice.

LUISA Pudiendo bendecirte.

JUAN Si su maldición llega por tu boca no la temo, que anatema de anatematizado no es sino palabra de viajero que marcha solo, se pierde y no hace daño.

ESCENA IV

DICHOS y MARÍA, por derecha

LUISA Ya escuchaste. ¿Estás conforme con seguir al lado de este hombre, de este malvado?

MAR. No le insulten así que no saben lo que dicen; cuando á nadie tenía él me recogió, cuando nació mi hijito, nadie de ustedes quiso acercarse á mi lado; á casa del padre fuí y me rechazaron; en el mesón me recogieron, y aunque estuve solo un día, como

cosa de todos quisieron tratarme, pensando que la que había sido de uno por amor podría ser de todos por caída; él llegó y me levantó, aquí me trajo y ni una palabra, ni una sola me dijo que pudiera ofenderme.

P. FLOR. ¿Qué pudiera decirte á ti, desdichada, que pudiera ofenderte?

MAR. (Con energía.) Pudo decirme eso que usted acaba de arrojarme á la cara sin derecho alguno, y que él con el derecho de amo pudo muy bien hacerme comprender.

JUAN ¿Qué derecho es ese? Yo no soy tu amo, soy tu maestro, soy el que te indica y te indicará el camino que has de seguir, el del bien, el que educará á tu hijo haciendo de él un hombre fuerte é inteligente, el que una vez que construya el edificio de tu felicidad, te hará dueña de tu albedrío, ese soy yo.

P. FLOR. Buenos ejemplos aprenderá esa criatura en esta casa; al menos en el asilo sabría rogar á Dios por su madre y... luego se haría un hombre de provecho.

JUAN Dos años tiene y sabe su nombre y el de su madre, á mí me llama padre y yo le escucho embelesado al ver que me da ese nombre tan dulce.

LUISA ¡Padre! ¿acaso lo eres?

P. FLOR. ¿Quién sabe si...?

JUAN (Atajándole.) No unais la pobreza de alma al insulto ruín.

MAR. Déjalos, Juan, no les hagas caso.

JUAN ¿Acaso sabéis lo que es ser padre?, ¿creeis que ese nombre tan grande, tan hermoso, tan supremo, lo merece el que en un momento de placer hizo concebir á la mujer un ser en sus entrañas? pues estais equivocados; padre es el que educa á los hijos en el bien, el que con sus cariños y sacrificios hace nacer en ellos la bondad, el que por las noches al acostarlos los observa y está atento á sus más pequeños movimientos, el que con ellos sufre y con ellos ríe, el que los hace hombres ó mujeres honradas, en fin, el que

deposita el germen y luego huye y los deja abandonados á sus propias fuerzas, el que los educa lejos de sí cuando no tienen suficiente entendimiento para elegir el bien ó el mal, ese es su enemigo; por eso no le digo que yo no soy padre, porque pienso serlo; por eso no le digo que aquel señorito de la ciudad fué el suyo, porque no lo fué; fué el inútil, el que ni puede tener hijos, ni dar hombres á la patria que la defiendan, es un semejante vuestro, (Al Padre Flores.) es otro comprador de conciencias que pone en la tierra hijos, para que luego los exploten en los asilos á título de que les prestan protección, son los mercaderes que arrojó Cristo del templo.

P. FLOR. Tú tendrás el castigo; por de pronto en la casa de Dios no tendrás entrada.

MAR. ¿Quién podrá impedirlo?

LUISA Todos nosotros que os rechazaremos.

P. FLOR. Y tendréis que huir del pueblo como atacados por la peste; á vuestra puerta ha llamado Dios y no habéis querido escucharle, cuando vosotros vayais á la suya, sus ministros os cortarán el paso.

JUAN La casa de Dios, la casa de todos, no puede ser la vuestra, porque allí van los nobles, los desgraciados; los buenos en fin, y vosotros sois los que no debéis estar en ella, vosotros los que no podéis ser ministros de quien todo es nobleza, vosotros los que envenenais las conciencias, vosotros los que sin mirar los medios queréis llegar al fin, pisoteando el hogar y el honor, por conseguir vuestro objeto; fuera de mi casa que cuando yo quiera ver á Dios en la suya, ya escogeré momento en que no esteis vosotros en ella.

LUISA La casa de todos no es la vuestra, no lo será nunca.

P. FLOR. Es la de los elegidos, y allí entrarán estos cuando quieran, no vosotros.

MAR. Fuera ha dicho el amo de esta casa, que hasta hoy ha sido de todos los que llegaron

á ella, fuera los que turbaron sus costumbres, lejos de aquí los portadores del dolor.

P. FLOR. María Magdalena, tú pagarás tu valentía. (Haciendo mutis.)

JUAN Padre Flores, embaucadores y embaucados, pronto será llegada vuestra hora. María Magdalena, (Abrazándola.) vamos á ver á nuestro hijo.

MUTACION

CUADRO TERCERO

La escena representa una plaza de pueblo. A la derecha casa de Juan, con emparrado lucido, á la izquierda iglesia bonita y de reciente construcción. Al foro calle del pueblo. Es al caer de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JUAN solo, recostado en la pared de su casa

JUAN Dos años ya desde que me retiraron su protección el padre Flores y su pobre rebaño y aun no han podido más que enredarme en un pleito sobre propiedad de una huerta que fué del cura don Sebastián.

MAR. Oye, Juan, dice Benito que ni el mes pasado ni este han mandado por la fruta que acostumbraban los del Mairal.

JUAN Sí, es verdad, pero no hace falta tampoco, porque á cambio de esa pérdida tengo dos casas francesas que me comprarán cuanta quiera enviarles.

MAR. No sabía.

JUAN Se me olvidó contártelo, verdaderamente esta gente ha perdido los papeles; creyeron perjudicarme y han mejorado mi situación; yo no pensaba más que en mis vecinos, ahora al verme abandonado por ellos, pensé que el mundo es grande y á fuerza de pensar caí en la cuenta de que también en otras partes comerían.

MAR. ¿Quieres que llame al pequeño para que dé la lección?

JUAN La dimos ya, sabe el hombre los mandamientos, lee el catón de corrido y ahora está aprendiendo en qué época se siembran las patatas y en cual otra los garbanzos.

MAR. Le empiezas á enseñar á que aprenda á poner el cocido.

JUAN Para que por lo menos no le falte eso.

ESCENA II

DICHOS y el SACRISTAN por izquierda, (es vejete)

SAC. Buenas, señor Juan.

JUAN Hola, trenza de clérigo.

MAR. Pobre, ¿por qué le dices eso?

JUAN Porque siempre va á las espaldas de ellos.

SAC Si yo no me me incomodo, desde chiquitito le conozco y siempre á pesar de estas bromas me ha tenido afecto; además si no hubiese sido por él ¿qué hubiera sido de mí? Cuando estaban tirando la ermita, me quedé sin casa, el padre Flores estuvo parando en casa de la señorita Luisa y yo al principio en el mesón, pero con una peseta que me dan para todas mis necesidades no era posible mantenerme; gracias á ustedes...

MAR. Quién piensa en eso.

JUAN Pero buen miedo pasaste, temiendo que el pater se enterase de que estabas en casa del renegado.

SAC. Verá usted, miedo, lo que se dice miedo no, pero vamos que no quería que me echasen de la iglesia, después de tanto tiempo por una pequeñez.

JUAN Claro, hombre, por la pequeñez esa que no se le ocurrió á tu dueño y señor que tú habías de precisar; pero mira, si he de decirte la verdad, yo creo que él lo sabe, sino que como era cosa que no le costaba nada y pudo haberle costado algo, dijo, tomemos lo que nos den pero cerrando los ojos para no ver quien lo da y así nos libramos de escrúpulos.

MARÍA ¡Qué cosas dices! (Riendo.)

SAC. ¿Se acuerda usted de María cuando jugaba en la plaza, y su mamá, santa gloria tenga, la hacía rezar el rosario?

JUAN Como si fuera ahora; pobre madre, que buena era, y cuánto sufrió para morirse; ya no

volverá á ver al padre Flores, porque ella estará en el cielo seguramente.

SAC Y no saben ustedes lo mejor; la señorita Luisa, pobre, creo que se ha quedado sin un céntimo por ver si salvaba á su padre.

MARÍA Las enfermedades acaban con todo.

JUAN Daba pena ver aquel hombre como un castillo, con la razón perdida.

SAC. Ya la aconsejaron que lo llevara á una casa de salud, pero ella, que no y que no, que sé yo los países que ha corrido para ver si encontraba alguien que lo curase, y luego le dió la locura furiosa y tenía que llevar siempre dos guardianes que lo vigilaran.

JUAN Pobre engañada, qué bien le vendrían ahora aquellos miles de duros que dió para edificar esa iglesia; con la cuarta parte de lo invertido hubiera podido hacer algo mejor, pero más modesto.

SAC. Y eso que ustedes no han visto la rectoral como yo la llamo, las habitaciones del padre, son lujosísimas, como corresponden á un...

JUAN (Cortándole.) Miembro de la Compañía de Jesús.

MARÍA Y el asilo aquel que había en proyecto, no se reunió por fin dinero bastante, ¿verdad?

JUAN No, y mira lo que son las cosas, si el dinero lo hubiera dado la señorita Luisa para el asilo, ahora podría ser su refugio, si ella lo deseaba, y no hay que darle vueltas, cuando uno piensa hacer algo, debe procurar que sea útil para los más.

ESCENA III

DICHOS y el PADRE FLORES (algo más viejo)

P. FLOR. (Por derecha.) ¿Qué haces, Diego? (Al Sacristán.) Ya te he dicho que no me gusta verte de charla con las gentes y menos en la calle.

JUAN Y menos conmigo, dígalo de una vez.

P. FLOR. Y bien, si tal dijese no haría nada de más.

MARÍA Pero si hablábamos de la fundación de un asilo.

P. FLOR. (Ya más suave.) ¿Es que tienes dinero y estás decidido á hacer algo por la buena causa?

JUAN (Aparte.) Mira cómo se le alegran los ojos. (Fuerte.) ¡Por la buena causa! según lo que llame usted buena causa, por la mía, que creo la mejor, ya hago todos los días y ya los pobres se acostumbran á venir junto á mí y con ellos comparto mi pan y mi charla, ya que los ricos me abandonaron.

P. FLOR. Como te abandonó Dios hace tiempo.

MARÍA Eso no, que por acá vivimos como antes, mejor acaso. (Padre Flores da órdenes á Diego. Mutis.)

JUAN (Aparte.) No digas eso, que se nos va á querer meter en casa y tú no sabes lo difícil que es echar á un jesuíta, cuando se mete en alguna parte; ya tuvimos la fortuna de deshacernos una vez de él, de manera que no repitas la suerte.

P. FLOR. Decíais que...

MARÍA Nada, señor, que vivimos con trabajo con nuestra pobreza.

P. FLOR. Pudísteis tenerlo todo, bienes temporales, espirituales, todo, y no quisísteis.

JUAN Ustedes sí que por poco lo pierden todo cuando la edificación, se acostumbraban unos á no oir misa, decían que había huelga de curas y otros á oirla en otros sitios, así es que en nada estuvo que ese hermoso edificio sólo sirviera para palacio sepulcral del padre Flores.

SAC. (Saliendo. Aparte.) Ahora debía yo decirle que no me gusta verle de conversación en la calle, pero me acuerdo de que todavía hay clases y me hago el prudente. (Fuerte.) Padre Flores, con permiso. (Le dice algo al oído.)

P. FLOR. Bien, vamos allá; quisiste ser pobre, quisiste que esta casa abierta para todos no lo fuera para ti y lo has conseguido, en la otra vida me lo dirás. (Mutis.)

JUAN No caerá esa breva, no tendrás el honor de verme junto á ti.

MARÍA Vamos á dentro para cenar, y dar á los trabajadores la cena, que ya están ahí hace un rato jugando con Juanín.

JUAN Vamos á ello. (Mutis. Es de noche y empieza á lucir la luna.)

ESCENA IV

Un momento la escena sola, luego LUISA con cara pálida y bastante envejecida y de luto, por la derecha

LUISA Ya llegué, esta es la iglesia, la iglesia de mis amores, la que yo edifiqué con tanta ilusión, ya estoy entre los míos, perdí mi padre, perdí todo mi caudal, pero me he ganado un puesto en el cielo. (Varias mujeres salen de la iglesia y no se fijan en ella.) ¿Irán á cerrar? No, no, esta es la casa de Dios y la casa de Dios siempre debe estar abierta para el desgraciado. (Se deja caer en la escalera.)

SAC. ¿Qué deseaba, señora?

LUISA ¿Está el padre Flores?

SAC. Sí, hermana, está en el coro.

LUISA ¿Queréis acompañarme hasta él?

SAC. ¿Por qué no? (Le da la mano) ¿Venís de lejos?

LUISA Sí, de muy lejos, pero este último viaje es el que me ha cansado, no he encontrado coche que quisiera traerme. (Se levanta y le da la luna en la cara.)

SAC. ¡Usted, señorita Luisa!

LUISA Sí, yo, Diego, yo que vengo á pedir asilo al lado vuestro.

SAC Vamos, vamos. (Entran.)

(Copla dentro.)

(Cantado.)

Cabritillo, cabritillo,

(Recitado.)

anda, morucha,

(Cantado.)

que marchas por la ladera
vé y dile tú al amor mío
que esto no es ya lo que era.
Arza, cabrita, oh, oh.

ESCENA V

PADRE FLORES y LUISA, más tarde JUAN

P. FLOR. Bien os dije, hermana, que os dejaráis de gastos. ¡Cuánto mejor sería que hubieseis hecho caso de mi consejo!

LUISA Pero, Padre, ¿ni siquiera esta noche podré pasar aquí?

P. FLOR. Imposible, hijita, imposible; ¡qué se diría!

LUISA Dirían que la casa de Dios había cobijado á un hijo que retornaba maltrecho.

P. FLOR. No es posible, hemos de cerrar ahora, mañana Dios dirá, alguien os habrá acompañado hasta acá, algún compañero ó amigo, que él os acomode esta noche y mañana...

JUAN (Dentro.) Ahora vuelvo. ¡Eh, quién!

LUISA Padre Flores, por caridad, déjeme pasar la noche aunque sea en un banco de la iglesia, no tengo donde ir.

P. FLOR. Imposible, hermana, imposible.

JUAN ¡Señorita Luisa, usted!

LUISA ¡Juan!

JUAN Juan, sí, que llega en su auxilio; Juan, que ha oído lo bastante para comprender que la arrojan de su casa, de esa casa dos veces suya por el derecho de Dios y por el derecho de la ley; casa que, según estos ministros, llaman de todos y es de ellos solos; casa que debe servir solo para rendir culto al Ser Supremo y sirve para recreo y guarida de unos pocos; de esta casa (La suya.) salió usted despedida por mí por querer hacer lo que ese hombre hace con usted ahora, arrojar á María de su templo; ahora entre en ella como dueña y señora para estar ahí cuanto tiempo precise, y cuando le digan alguna vez que esa es la casa de todos, conteste que esa que es la casa de Dios y que debía serlo del orbe, no es más que la casa donde se albergan los mercaderes. Vaya, venga conmigo á la casa del malo, pero que

abre sus puertas á todos, sin ver de dónde llegan ni quién son. Un día te dije (Al padre Flores.) que quizá pronto llegaría la hora de vuestra desgracia; ahora que la mujer huye de vosotros, abiertos los ojos á la luz de la verdad, te digo que es llegada esa hora. ¡Mercaderes, fuera del templo! (Hace mutis abrazado á María, mientras el padre Flores queda en la puerta de la iglesia (1).

TELON

(1) También puede terminar huyendo el padre Flores de Juan con la cabeza baja, y Juan entrando á Luisa en el templo y quedando él con los brazos abiertos á la puerta.